

Tiempo de lectura: 23 minutos aproximadamente

Dr. Julio M. Sanguinetti



Abogado. Ex Presidente de la República (1985-1990 y 1995-2000).  
Periodista.

## **HISTORIA Y MEMORIA**

Historia y memoria son palabras diría yo, que a veces no responden realmente a los propios conceptos, ya que se diferencia lo que es memoria y lo que es historia. En definitiva es la relación de los humanos con el pasado que recorre la historia de la humanidad, todos somos en definitiva, consciente o inconscientemente de un modo u otro, hijos del pasado.

Si acá no hubiera llegado el ferrocarril inglés no estaríamos hoy con la pasión del fútbol. La concatenación de episodios históricos es lo que va ocasionando las acumulaciones culturales que terminan produciendo los hábitos de comportamientos, de valores, de principios, todo aquello que está de una forma u otra dentro de nosotros, dentro de nuestra formación, dentro de una estructura de pensamiento aún de sentimientos que son también el resultado de esos episodios.

Augusto Comte decía “Los muertos gobiernan a los vivos” y aún sin aceptar literalmente tan fuerte perspectiva, no podemos ignorar lo que significa ese peso, esa carga, esa construcción que representa el pasado en el presente, y como consecuencia también en el futuro. Las sociedades son como las capas geológicas que se van acumulando unas sobre las otras sin renegar de las anteriores y así es como se van construyendo las sociedades, las naciones, los pueblos, los estados.

Cuando decimos historia y memoria nos parece muy importante definirlos. Son conceptos o palabras que se manejan con mucha asiduidad y con frecuente exceso. En los últimos años estamos llenos de memorias y de muy poca historia. La memoria es un elemento material posible de historia y a veces enemiga de ella.

Yo cada vez que he escrito historia y tratando de hacerla, he sentido de la memoria más amenazas que contribuciones. ¿Por qué? ¿Qué es la memoria? La memoria es un elemento subjetivo, es el recuerdo que una persona, un grupo o que hasta una nación posee de determinados hechos o circunstancias del pasado. La memoria tiene esa carga inevitable de subjetividad, por eso explica que memorias distintas de personajes del pasado son un material a tener en cuenta para la historia, pero la historia no es la memoria.

La historia es un proceso de reconstrucción que incluye muchas memorias, ya que existen memorias de un lado y memorias de otro; hay otros hechos que no son memoria y sin embargo son sustantivos desde el punto de vista histórico. De pronto un hecho económico, un hecho científico, un hecho social que no está registrado, que está perdido en la memoria, sin embargo, es un elemento decisivo de nuestra propia vida y propia existencia.

¿Y cómo se puede construir una historia sin esos elementos? A veces estudiamos la demografía, en el país ocurría esto u ocurría lo otro, pero por ejemplo, es antes o después de la penicilina. Por decir algo, el Ministerio de Salud Pública nació como Instituto de la Sífilis. Era el edificio para lo que era la enfermedad dominante, acuciante de la sociedad de la época, de lo cual ya hace muchos años que no hablamos. Es decir, la historia para serlo, para cabalmente establecer la reconstrucción de un tiempo, hacerla legible y entendible, requiere de mucha memoria y requiere a su vez de otros elementos que no están en la historia pero que sin embargo la construyen.

La historia básicamente para que se entienda es un relato contextualizado que a su vez tiene que tener fuentes plurales, elementos de las sociedades, de la geografía, de la economía, para que todo aquello pueda entenderse y para superar lo que es la amenaza constante del anacronismo en el cual muchos historiadores incluso caen. El anacronismo que resulta de intentar entender o aún juzgar los episodios del pasado con la mentalidad del presente. Es el gran desafío porque los momentos se configuran psicológicamente, culturalmente en función de circunstancias que luego pasado el tiempo ya quieren decir cosas distintas.

La transición española que fue el comienzo de los treinta años, a mi juicio, más prósperos y esplendorosos de toda su historia desde que nació hace quinientos años, hoy no es la cuestión, no se discute, hay otra generación. Estuve los otros días en España, discutiendo estos temas en seminarios, en medios de comunicación y hubo mensajes de generación de españoles que ahora que tuvo una crisis económica, se lamentan y reniegan de la

prosperidad y también de la democracia que le hicieron posible tantos años de bienestar.

Nos pasa a nosotros también. Todo ciudadano de menos de cincuenta años qué puede saber de los acontecimientos que generaron en su tiempo el golpe de estado ya aún en los lejanos años del retorno a la democracia. Y ahí es donde viene un aluvión de memorias. De los últimos años tenemos memorias de todo tipo, fundamentalmente memoria del lado del movimiento tupamaro, a veces de algunos medios de tipo marxista. Yo he intentado hacer historia, tratando de superar la carga de subjetividad que uno tiene al haber sido actor, al haber sido de algún modo partícipe en muchos hechos y no ser simplemente un espectador.

Y lo he procurado justamente rescatando lo que Hannah Arendt llama “La dignidad de los hechos”. Por ejemplo, en la “Agonía de una democracia”, es un libro que muchos lo han discutido, pero nadie ha podido decir que no hay un hecho inicial. En definitiva, eso es lo primero y principal: reconocer la dignidad de los hechos a partir de lo cual podemos contextualizarlos, podemos construir el relato y darle una relevancia mayor a unos u otros. Es ahí que vienen los naturales debates de las visiones del pasado. Pero no significa que estemos autorizados a perder de vista los hechos y eso es fundamental.

En la memoria culturalmente hay un uso, yo diría, razonable y hasta deseable. Es el testimonio que nos llega a través de actores. Todas las historias, la nuestra y la del mundo constantemente recurren a memorias. Hemos tenido diferentes historias, la de Idiarte, la de Palleja, la de César Díaz, el viaje de Larrañaga a Paysandú, la de Artigas, la de Rivera que son memorias todas extraordinariamente útiles. En fin, son testimonios sin dudas válidos, los tenemos que sumar a otros para poder realmente entender cómo se vieron los personajes de la época y cómo se sintió en aquel tiempo.

Hoy estamos y vivimos amenazados de esa memoria que termina controvirtiendo la historia. La memoria cuando se constata el uso abusivo de ella se hace enemiga de la historia, ni siquiera afín o cercana. Que la memoria se use, sí. Hay un uso como material histórico y hay un abuso cuando la evocación o el recuerdo se hacen con una finalidad presente sacándolo del contexto y de las circunstancias. Es cuando aparece ahí ya una finalidad política, que está detrás de ese uso de la memoria y que se transforma sí en un abuso.

Los ejemplos de nuestra historia más reciente son claros, son conocidos, pero no por eso dejan de seguir siendo importantes, Todos los días nos encontramos con un joven al cual hay que aclararle que el movimiento tupamaro no disparó un tiro contra la dictadura, sino que toda su acción fue contra la democracia, contra las instituciones democráticas que querían sustituir por la revolución cubana, que desde el año 1959 venía inspirando movimientos guerrilleros en el contexto de una guerra fría. Yo les diría que no hay día que no me encuentre con algún muchacho al cual haya que aclararle estas cosas. Ese es el resultado de la memoria subjetiva que abusivamente se usa y que termina como ingrediente para de algún modo sustituir la historia, transformar la memoria en historia; ahí está la tergiversación conceptual básica.

Porque la historia como después veremos también puede ser usada y también puede ser abusada. Pero la memoria es claramente como decimos subjetiva, la memoria es necesariamente parcial. La memoria nunca es objetiva. Es la visión de un grupo o una persona que representa esas situaciones.

Estoy trabajando para escribir algo regional en el año 1828 sobre Brasil, Argentina y Uruguay ya que es un momento decisivo en nuestra vida porque es el nacimiento como república independiente. Si acaso los mejores testimonios son los de los protagonistas 30 o 40 años después cuando ya despojadas las pasiones y que no haya más el calor de los sentimientos, los expresan o los cuentan. Las narraciones del fusilamiento de Dorrego por ejemplo, son episodios muy dramáticos que aún hoy se están usando.

Como decíamos está el uso abusivo de la memoria. Por ejemplo acá se hizo el museo de una memoria, no es de la memoria. Es básicamente de la memoria tupamara, de la memoria insurgente de los años 1960 y 1970. Ahí hay un uso abusivo. Entonces ponemos el mameluco que usó el Presidente Mujica, pero no aclaramos que ese mameluco se lo puso un juez de la democracia y no un militar de la dictadura. Entonces queda el victimismo, queda el sentimiento naturalmente proclive a que es víctima de algo que históricamente es una falsedad o una omisión interesada, que hace de eso una memoria oportunista y una falsificación histórica y en el caso de un museo es ya una actitud de violación abusiva. Ahí tenemos un ejemplo bien claro de lo que es el uso y el abuso de la memoria que termina siendo un factor constante de conflicto, de debate y no del debate histórico que siempre es bueno, porque siempre ilustra, sino de memorias controversiales, memoria que a su vez es intolerante, que no reconoce la

situación opuesta, no es un debate de ideas para mejor interpretar un asunto.

La historia es un proceso complejo mucho más importante, mucho más comprensivo. Me cuesta llamarle ciencia a la historia porque la ciencia responde normalmente a certidumbres, a leyes exactas, las ciencias sociales son tendenciales. Es decir, dados esos hechos se presume que probablemente podrán ocurrir con más frecuencia y por propia voluntad pero nunca hay leyes exactas. Por eso yo me resisto a llamarla ciencia, en todo caso es una disciplina compleja y fascinante que usa elementos de las ciencias sociales, hoy muy importantes, desde la estadística hasta la psicología.

Ahora en cada generación se van agregando elementos. La historia no es un fenómeno exacto. Se dice que cada generación la escribe, expliquemos porqué se escribe distinto. Se puede escribir distinto porque realmente responde a nuevas visiones. Por ejemplo los fenómenos económicos. En la historia del siglo XIX pocos creían en esos fenómenos. Quizás Eduardo Acevedo que fue el primer historiador nuestro que introdujo el elemento económico en la visión de la historia, no lo tenía en cambio Bauzá. En su famoso alegato histórico los primeros capítulos los llama “El contrabando: Ley de la Época.” Él explica lo que era el sistema de monopolio comercial que existía en nuestros países y cómo el contrabando era prácticamente una expresión de libertad que se ejercía sin condena moral. Expresión que se dice para explicar la actividad de Artigas en tiempos de contrabandista. Mirado hoy es una actividad delictiva, mirado en aquellos tiempos era casi una actividad comercial de las tantas que podía haber, sin la cual además una zona de frontera como esa, era imposible que viviera y sobreviviera. Eso es la introducción de un elemento que no se había tomado en cuenta que luego se va desarrollando largamente y que pasa a ser muy importante en la interpretación histórica. Esto hace que la historia tenga sí realmente sentido seguir escribiendo, porqué hay nuevas visiones, nuevos elementos. Por eso no es algo estático, no es definitivo, nadie tiene la verdad revelada, ya que van apareciendo nuevos ingredientes.

Ahora eso también se presta para usos. La historia siempre es usada más allá del diálogo entre la construcción historiográfica y la visión de un individuo, la historia siempre tiene un uso que puede ser afirmativo o puede ser abusivo. Es decir, no se construye ninguna nación sin historia. Las naciones son el resultado siempre de un elemento fundamental: la historia. La historia se hace como decíamos hace un rato de memorias, también se hace de olvidos. La nación, decía Renán, es un plebiscito de todos los días. La nación es el conjunto de tradiciones, de sentimientos, de principios.

Tenemos que estar al pie de los grandes recuerdos y también tenemos que tener presente los grandes olvidos. Porque si seguimos recordando la noche de la matanza de San Bartolomé entre los católicos y los protestantes no hubiéramos tenido nación. Francia se construyó superando esos conflictos. La matanza de San Bartolomé es la configuración nacional, dejémosla donde está decía Renán. La historia se tiene que contar, pero eso nos revela como los procesos de la configuración nacional requieren del uso de la historia, que puede ser un uso legítimo, o que puede ser un uso abusivo.

Si miramos nuestra historia, yo diría que casi no hay gobierno que no haya hecho uso de la historia en el buen sentido de la palabra Y podemos remontarnos al siglo XIX y quizás pensar en Máximo Santos, que tal vez fue el que más usó la historia. La utilizó en lo que él entendía y creo que nosotros podemos entender hoy también como un buen uso. Cuando se inauguró lo que llamamos el Museo de la Memoria, el Director dijo “además, esto simbólicamente se instala en la quinta de un dictador loco y enloquecido”. Nunca olvidé esas palabras. De Santos pueden decirse muchas cosas pero de loco nada y de enloquecido menos. Que se puede hablar de autoritario, que se puede hablar de excesos, si como no, porque sin duda los tuvo en su gobierno. También podríamos recordar que con él nace el Registro Civil, la Ley de Matrimonio Obligatorio, nace la estructura aduanera y fiscal del país, todos como elementos del Estado. También podemos recordar que entrega los trofeos de la guerra del Paraguay de un modo si se quiere precoz y con cierto enojo de muchos de sus colegas militares que tenían conflictos con esa situación, pero revelando a su vez lo que era el sentido de una política exterior de alguien que no era simplemente un loco sino todo lo opuesto.

También tenemos el culto artiguista y si bien ya se había empezado a reconocerlo como fundador de la nacionalidad, el primero que lo usa fue Pereira, pero el gran culto artiguista lo hace Máximo Santos e incluso es el que le hace la cédula de identidad porque es difícil seguir un héroe sin rostro, es difícil reconocerse como líder en un prócer sin imagen.

Hoy, en estos días se han estado celebrando los 200 años de la batalla de Waterloo. El mundo entero está lleno de imágenes de Napoleón, mucho menos de Wellington, es muy curioso pero el derrotado es mucho más recordado o glorificado como se quiera, que el vencedor. La fascinación de Napoleón es insuperable. Yo tengo un amigo que integra el Batallón Quinto de Infantería del Ejército de Napoleón y va todos los años a un simulacro de la batalla de Waterloo. Y le dije “Vas todos los años a perder de nuevo”. Me contestó: “Los ingleses habrán ganado la batalla pero la gloria es nuestra”. Su visión del acontecimiento no es la que todos tenemos.

Las imágenes son muy importantes y de Artigas no había imagen. Estamos hablando ya de 1880, 1890, eran dibujos que conocía muy poca gente, por ejemplo Demersay que vino con la expedición de Bonpland. Lo describía como un viejito pobre con poco pelo y pocos dientes, que es lo único real que nos quedó. Era necesario entender que había que hacerle una imagen que pasara a ser simbólica. Cuánto hay de vecindad, de proximidad entre el retrato de Artigas de Blanes que conocemos y la realidad, es todo muy discutible. Había retratos literarios, como la descripción que hace Larrañaga de cómo lo veían a Artigas. Pero lo único de Artigas que había era un dibujo del cual nace esa famosa nariz aguileña, esa que ha caracterizado tantas cosas. En esa efigie de Blanes, ese es Artigas. Punto.

Pues ahí estamos en un uso de la historia que yo diría es afirmativo. Tiene una finalidad política incuestionable que es la de afirmar el liderazgo histórico de un prócer, sin ninguna duda. Pero no es una actividad política digamos espuria, está inscrita en lo que es la afirmación de la identidad nacional para contribuir con la identidad nacional, hacer que la gente se identificara con aquel hombre del cual quedaban discursos, actos jurídicos, instrucciones, pero que era invisible. Eso es un uso de la historia con una finalidad política, pero una buena finalidad política. Creo que Santos en ese sentido fue ejemplar, que habla de su perspicacia política.

En 1950 cuando se hace el centenario, el jubileo de Artigas recordando los 100 años de su muerte, acá se realizaron unos homenajes impresionantes. Desfilamos treinta mil muchachos, treinta mil estudiantes, fue inolvidable. Fuimos desde la Plaza Independencia hasta el Cementerio Central, donde habló el Ministro de Instrucción Pública Don Oscar Secco Ellauri, ministro historiador por otra parte. Y en la tarde marchó la famosa urna de Artigas en una cureña hasta el Obelisco y ahí se veló toda la noche, hasta el día siguiente, había un gran culto artiguista. En la conmemoración de ese centenario se hicieron una serie de acciones, se funda el Archivo de Artigas por inspiración de Gustavo Gallinal. El Gobierno le encarga al historiador Traibel el Ideario Artiguista el cual hizo una edición masiva. Allí estuvo Artigas velado en la calle, después con el retorno al cementerio, con manifestaciones populares, hubo presencia militar de todos los países. Tenía sí un sentido político, por supuesto, pero no era un uso abusivo, era un acto de reafirmación democrática fundamentalmente, lo que se quería era que se exaltara la visión del prócer, tratar que la gente se identificara con él, que las nuevas generaciones lo entendieran así, ese fue el verdadero sentido de ese festejo.

Desgraciadamente en los últimos años una malentendida visión de la historia ha ido tergiversando los hechos. El otro día escribí un artículo en El País de acá, inspirado en un debate brutal que hay en Francia actualmente. Como ahora se estudia la historia desde varios escenarios, entonces se la divide en nuevos fragmentos conceptuales y se pierde el relato, se va perdiendo la cronología. Y digo en Francia porque Francia es siempre la mayor fuente de inspiración para nuestra historiografía, que es muy poco anglosajona y de mucha inspiración francesa. Francia es además un monumental país de historiadores. Están todos indignados fundamentalmente por el nuevo programa de Historia porque se pierde la cronología y se van desdibujando las figuras. Todos pasan a ser procesos sociales, fenómenos económicos, resultancias que son inevitables, los hombres somos en definitiva una expresión débil.

Y eso nos está pasando aquí también indudablemente, el valor de ejemplaridad que estuvo la historia se ha ido perdiendo. Es decir, cuantos muchachos saben lo que quiere decir “Clemencia para los vencidos”, ni lo recuerdan, a lo sumo hay alguna referencia, pero uno lo ve y no está, ese tipo de historia se perdió.

Como expresamos anteriormente la historia también tiene sus usos y también tiene después sus abusos, sus interpretaciones abusivas. Por ejemplo, en la Argentina ahora se está reescribiendo violentamente la historia, hay un proceso mucho más grave que el nuestro. El nuestro digamos es más sutil pero allá hay una acción deliberada, armónica y global del gobierno, que hasta creó un instituto revisionista. El Estado configuró un Estado, diciendo Instituto Histórico Revisionista ya está diciendo que quieren reescribir toda la historia anterior porque no la consideran válida y la quieren revisar. Además le ponen un nombre, Manuel Dorrego, que también significa un acto claramente de parcialidad.

Entonces de alguna manera estamos viviendo una furia artiguista que lleva a excesos como el de la Presidenta Fernández que hablaba que Artigas quiso ser argentino y no lo dejamos. Y ahí estamos con lo que es una expresión anacrónica y una media verdad. El artiguismo, que nunca preconizó o imaginó una independencia de la entonces Provincia Oriental que ni siquiera era la provincia donde empieza la acción revolucionaria. Era la guarnición de Montevideo y lo que hoy es el territorio nuestro tenía jurisdicciones distintas. No había una unidad provincial, en realidad la unidad provincial aparece con Artigas, con el artiguismo y la revolución. Pero lo que era esa idea de las provincias unidas se escapó a la Argentina contemporánea entonces Artigas era el mejor de los argentinos a los cuales los perversos que van del unitarismo porteño hasta Macri obviamente, son



los que impidieron que Artigas fuera argentino como él quería de todas formas. Lo que suena fantástico es que un héroe argentino no esté en ningún texto artiguista. El propio himno argentino que tantas veces oímos cantar, habla de las Provincias Unidas del Sur, no se habla de la República Argentina, no se habla de Artigas que quería ser argentino en el sentido actual. Como tampoco el federalismo argentino de la Constitución actual nada tiene que ver con el confederalismo artiguista. Artigas nunca fue federal, siempre fue confederal.

Estados Unidos tuvo dos constituciones, la del 71 y la del 78. La primera explícitamente confederada, la segunda es federada. Que es confederado. Un estado es independiente y soberano que sólo delega por excepción algunas facultades en un organismo que normalmente era la representación exterior y la conducción militar pero reteniendo todas las demás facultades. Es decir, lo que se delega es por excepción, pero mantiene las propias reglas de soberanía de cada estado o cada provincia, según la palabra que se use en los diversos estados.

Un estado federal es otra cosa. Hay un solo estado soberano con principios de descentralización administrativa en mayor o menor medida. Nosotros se supone que somos unitarios pero tenemos una descentralización municipal importante. Es mayor o es menor que el de las provincias argentinas en algunos aspectos sí, en otros no. En todo caso Artigas nunca hubiera estado en ese estado federal argentino porque todas sus prédicas eran esas y como dicen las Instrucciones del Año XIII la capital debe estar en cualquier lado menos en Buenos Aires.

Con esto estoy hablando de cómo alguien digamos hace ese uso abusivo que constantemente estamos viviendo. El historiador argentino Mario “Pacho” O’Donnell ahora dice que Artigas era un gran caudillo argentino y acaba de sacar un libro que habla de que la fecha de la independencia argentina no es la del 9 de julio de 1816 del Congreso de Tucumán sino que es del Congreso de Concepción del Uruguay. Lo que nosotros hemos estudiado en el liceo como Congreso de Concepción del Uruguay del Arroyo de la China en 1815 lo que llamamos hoy la Liga Federal digamos Entre Ríos, Santa Fe, Misiones y nosotros. Entonces él dice, no, la fecha de la independencia es en 1816 lo cual por cierto no lo reconocemos como independencia del Uruguay.

Bueno acá no estamos en un proceso análogo pero también digamos que debemos prevenirnos porque también el propio Artigas tiene muchas lecturas y algunas son abusivas. Hay episodios muy importantes pero que no se cuentan bien en estos 200 años que se está festejando por ejemplo, en

uno de ellos donde Pacho O'Donnell relata que con el artiguismo, en aquel momento estábamos, junto al gran Manuel Dorrego. El gran Manuel Dorrego en ese momento estaba exactamente en contra de Artigas y hasta invade Colonia con Alvear en diciembre de 1814. Porque después de todo esto la historia no ha de ser pesada como dicen los muchachos "bueno, pero no me gusta la historia, es aburridora". El señor Dorrego escribe "tendré mucho placer en contribuir a la destrucción de José Artigas y a estos bandidos los vamos a sacar de Uruguay". Y ahí está la batalla de Guayabos donde enfrentamos a Dorrego.

El famoso reglamento provisorio o Reglamento para el Fomento y Desarrollo de la Campaña y Seguridad de los Hacendados donde Artigas con muy buen criterio establece que como en el reparto hay que privilegiar a los más necesitados, dicen que es la Reforma Agraria. Entonces Artigas termina marxista cuando justamente lo que él quería era una afirmación de la propiedad individual. Como era lógico la propiedad individual era para la seguridad de los hacendados porque el reparto de tierras tenía un sentido distinto al de hoy. El que se instalaba en aquellos años con 10, 1000 o con 10000 hectáreas era un héroe al cual el Estado le agradecía de rodillas porque era el único modo que tenía de poblar la frontera, de generar un poco de seguridad, que los indígenas no estuvieran en constante acecho de lo que era la afirmación de una vida económica distinta. Incluso se ignora que bajo un gobierno español, Artigas, porque tenía eso muy claro, había ya realizado ese trabajo. Artigas fue justamente el distribuidor de tierras de la época del Virrey, entregó muchas tierras en nombre del virreinato, porque él como Comandante de la Campaña que era, como concedor que era de la campaña se lo habían encargado, y así lo hizo. Era una actividad que venía desarrollando y que tenía un fin fundamentalmente de civilización, de afirmación de la propiedad, de afirmación de la frontera y llamémosle con términos actuales de desarrollo económico. Porque había que tener actividades de explotación más o menos razonables para ver como podíamos vivir. Pero ya hemos oído, ya hemos leído tantas historias de tipo marxista con lo cual esto no era afirmativo de la propiedad sino que era lo contrario, era que pasen a la cola que estamos repartiendo hectáreas de tierra.

Con esto estamos viendo como nuestra historia es tan necesaria, tan imprescindible La construcción de una nación tiene esos riesgos, los riesgos del uso abusivo, de la tergiversación, del uso político contemporáneo con fines de otro tipo que terminan generando a veces situaciones contradictorias. Se ha discutido por ejemplo, la campaña que se hizo con Latorre en su tiempo naturalmente tenía un sentido político. Era justificar obviamente el golpe de estado pero que en lugar de hacerle un

bien a la memoria de Latorre le hizo un mal porque se justificó como un momento político del país y Latorre era ya una figura muy reivindicada por la historia, muy reubicada por la historia que ahora felizmente, muy trabajosamente hay que volver a recuperarla a su lugar, como quien fue, un gobernante autoritario sin duda pero que usó la autoridad nada menos que para hacer una reforma en la educación escolar, para hacer lo que fueron las bases institucionales del estado moderno.

Por eso digo, las cosas tienen su acción y su reacción y el uso de la historia es complejo, es difícil, hay que estar atento y mantener vivo el debate. Las naciones son eso, la memoria y la historia son demasiado importantes para dejarlas librada a nuestras iras, nuestro enojos o nuestros esfuerzos. Muchas gracias.

Dr. Julio M. Sanguinetti